

Tenía yo un amigo que solía decir: "Para poder entrar en una cama hay que saber entrar en un bar". Este amigo era muy **ceremonioso en las cosas de la noche**, a la que imprimía una liturgia casi sacrosanta en la que sólo le faltaba salir con capuchón y escapulario. Eso era a primera hora, cuando andaba con la camisa dentro de los Lois y los hombros muy arriba, sosteniendo no se sabía si una cabeza o un pendón. Una noche, a eso de las seis de la mañana, estábamos los dos en la barra boqueando ya sin oxígeno, cuando de repente él le dio una calada tremenda a un cigarro y sacando el humo por los agujeros de la nariz empezó a abrirse paso por la pista como un dragón enloquecido. Lo perdí de vista hasta que se encendieron las luces y lo encontré en una esquina magreando a lo que me parecía un rapero, pero tampoco indagué demasiado y me fui para casa pensando en que nada es lo suficientemente raro cuando uno está suficientemente borracho.

Al fin y al cabo, meses atrás yo mismo me había ido del Camawey con un travesti enorme que de camino a casa insistía en que me tenía que contar algo antes de entrar en faena, y al final le pregunté, medio asustado: "No me irás a decir ahora que tienes chocho".

Tenía un amigo que solía decir: 'para poder entrar en una cama hay que saber entrar en un bar'. Este amigo era muy ceremonioso en las cosas de la noche, a la que imprimía una liturgia casi sacrosanta en la que sólo le faltaba salir de marcha con capuchón y escapulario. Eso era a primera hora, cuando aún andaba con la camisa dentro de los Dockers y los hombros muy arriba, a lo Guardiola, sosteniendo no se sabía si una cabeza o un pendón. Una noche, a eso de las seis de la mañana, estábamos los dos en la barra boqueando ya sin oxígeno, cuando de repente él le dio una calada tremenda a un cigarro y sacando el humo por los agujeros de la nariz empezó a abrirse paso por la pista como un dragón enloquecido. Le perdí de vista hasta que se encendieron las luces y lo encontré en una esquina dándose a los previos con lo que me pareció un empleado de banca del barrio de Salamanca, cuando se supone que a lo que habíamos ido allí era a intentar emparentar con alguna pija que acabara invitándonos a una copa en un Jimmy Choo, pero tampoco indagué demasiado y me fui a casa pensando en que nada es lo suficientemente raro cuando uno está lo suficientemente borracho, y en que igual ahora tenía que empezar a escribir columnas a lo Henri Lévy, defendiendo a mis amigos de lo absolutamente indefendible.

Lo que creo que mi colega quería decir con su lección metaliteraria es que hay que saber entrar en los bares y procurar olvidar cómo se sale, porque lo que pasa a partir de la quinta copa sólo debe saberlo la sexta. De entrar en un sitio de modo afectado, pedir las consumiciones con cierto rigor y otear el horizonte haciéndose uno el interesante hay muchas lecciones, y todas ellas muy válidas, pero la vida es lo que pasa cuando lees los WhatsApps enviados la noche anterior; ahí es donde se descifra cada mañana nuestro ADN, en ese milagro perpetuo de

Hay quien piensa que escribir es dejar constancia de ese tiempo transcurrido, supongo que por eso la gente escribe diarios, para probar su propia existencia, y, sin embargo, para creer en la eficacia de la escritura contra la vida hay que ser el dueño de una ingenuidad que le está prohibida al escritor profesional. Por eso las cartas al director en los periódicos son siempre más entusiastas, más agresivas, más convencidas, que los artículos de opinión o las columnas. Quienes escriben esas cartas aún creen que decir es probar; quienes escribimos éstas, mal que bien, sabemos que decir es decir.

Supongo que ahora se estarán preguntando cómo se escribe una columna; en realidad, sé que no, pero voy a contarle de todos modos. Primero se espera a que pase algo digno de mención y se prepara una opinión al respecto, y digo se prepara porque por lo general las cosas que pasan no le merecen a uno opinión ninguna. Si no sucede nada importante (digamos que Gallardón se la envaina y nos deja como estábamos), se busca entre lo diminuto, un detalle ínfimo que abra la caja de Pandora de lo poético. Luego te das cuenta de que no eres poeta; para ser un poeta hay que ser muy joven o muy viejo, me dijo una vez Ángel González, así que enseguida desestimás la idea, consciente de que no hay crimen más grande que la mala poesía. El paso siguiente es el microrrelato, que está ahora muy de moda, aunque no se sabe bien por qué. El microrrelato da mucho juego y a poco que te esmeres acabas contando un sueño que en realidad nunca has tenido y lo cierras sin final, dejando las puertas abiertas a la imaginación. Si te pillas la hora fatal de mandar la columna y no tienes otra cosa a mano, vas y lo mandas, pero a poco que te queden un par de horas, lo tiras convencido de que Kafka no hay más que uno y a ti te encontré en la calle. A la desesperada, regresas al periódico y a los telediarios, a ver si eres capaz de reciclar algo en clave de humor, pero de pronto te acuerdas de Mark Tawin y decides con buen criterio que el humor sólo está al alcance de los grandes. Cuando quieres darte cuenta estás a solas con Bolaño, pero es tarde, porque de Bolaño habla ya bien todo el mundo, por una vez con razón. De Bolaño pasas a Vila-Matas y te preguntas por qué demonios no le dieron a Vila-Matas algún premio para tratar de salvar ese reciente *jueves negro* de nuestras letras y ahí el pudor te puede. Vila-Matas es un escritor demasiado bueno para que lo utilices como arma arrojadiza y, al fin y al cabo, qué culpa tiene él de que te hayas quedado sin

Hay quien piensa que escribir es dejar constancia de ese tiempo transcurrido, supongo que por eso la gente escribe diarios, para probar su propia existencia, y sin embargo para creer en la eficacia de la escritura contra la vida hay que ser el dueño de una ingenuidad que le está prohibida al periodista profesional. Por eso las cartas al director en los periódicos son siempre más entusiastas, más agresivas, más convencidas, que los artículos de opinión o las columnas. Quienes escriben esas cartas aún creen que decir es probar; quienes escribimos trabajando, mal que bien, sabemos que decir es decir.

Supongo que ahora se estarán preguntando cómo se escribe una columna; en realidad sé que no, pero voy a contarle de todos modos. Primero se espera a que pase algo digno de mención y se prepara una opinión al respecto, y digo se prepara porque por lo general las cosas que pasan no le merecen a uno opinión ninguna. Si no sucede nada importante, se busca entre lo diminuto, un detalle ínfimo que abra la caja de Pandora de lo poético. Luego te das cuenta de que no eres poeta; para ser un poeta hay que ser muy joven o muy viejo, dijo una vez Ángel González, así que enseguida desestimás la idea, consciente de que no hay crimen más grande que la mala poesía. El paso siguiente es el microrrelato, que está ahora muy de moda, aunque no se sabe bien por qué. El microrrelato da mucho juego y a poco que te esmeres acabas contando un sueño que en realidad nunca has tenido y lo cierras sin final, dejando las puertas abiertas a la imaginación. Si te pillas la hora fatal de mandar la columna y no tienes otra cosa a mano, vas y lo mandas, pero a poco que te queden un par de horas, lo tiras convencido de que Kafka no hay más que uno y a ti te encontré en la calle. A la desesperada, regresas al periódico y a los telediarios, a ver si eres capaz de

reciclar algo en clave de humor, pero de pronto te acuerdas de Mark Tawin y decides con buen criterio que el humor sólo está al alcance de los grandes. Cuando quieres darte cuenta estás a solas con Bolaño, pero es tarde, porque de Bolaño habla ya bien todo el mundo, por una vez con razón. De Bolaño pasas a Vila-Matas y te preguntas por qué demonios no le dieron a Vila-Matas algún premio para tratar de salvar ese reciente *jueves negro* de nuestras letras y ahí el pudor te puede. Vila-Matas es un escritor demasiado bueno para que lo utilices como arma arrojadiza y, al fin y al cabo, qué culpa tiene él de que te hayas quedado sin columna. Así que vuelves con el rabo entre las piernas al absurdo asunto de las recogepelotas, que si las chicas guapas también tienen que ganarse la vida, que si las ministras salieron en el Vogue, y mientras estás con eso, te alcanza la duda: ¿y a mí qué más me da? Por lo que a mí respecta, podrían recoger las dichosas pelotas una legión de corderos clonados a partir de células madre. O esos niños tan monos con los que nunca nadie se había metido antes. Y así, mareando la perdiz, vas llegando al final de tu columna sin haber dicho nada y te invade una paz de espíritu inesperada al caer en la cuenta de que poco a poco, y a pesar de todo, llevas ya setecientas palabras y de que aún te queda una jornada de Liga de la que disfrutar plácidamente.

Y ése sería el final de este curso acelerado de columnismo si no fuera porque al maquetador le faltan aún seis líneas; entonces, de pronto y sin saber muy bien cómo ni por qué, la necesidad te arranca del tedio y terminas el artículo a base de algo que parece genial pero que es puro oficio. Y cierras la cosa con mucha elegancia, pero sin llamarte a engaño.

Ya dijo Oscar Wilde que el ingenio no es más que la bisutería del talento.

Algunos barcos tienen tres palos, y las porterías también, ahí se terminan las similitudes entre las novelas de Joseph Conrad y el fútbol. A los que disfrutamos de ambas disciplinas nos gustaría que se parecieran más y a menudo forzamos metáforas que cruzan de un lado a otro de nuestras dos grandes pasiones, pero no dejan de ser eso, metáforas forzadas. Tal vez sea mejor asumir que son dos amores distintos y tratar de que no se encuentren nunca, como quien tiene una esposa en la ciudad y una amante en provincias, o un marido en provincias y un amante en la ciudad, o viceversa y todas las viceversas posibles, incluidas las variaciones homosexuales y vascas y todas las líneas del PP, la dura, la blanda y la otra. En fin, que lo que nos gusta de este juego es precisamente su condición de preocupación excepcional, ajena por completo a nuestras vidas y en cambio parte fundamental de las más infantiles penas y alegrías. Recuerdo que en *Submundo*, la fabulosa novela de DeLillo, se contaba América mientras volaba una pelota de béisbol, puede que ésta sea la única manera de transformar el deporte en artefacto literario, asumir su importancia en nuestras vidas como hecho real, sin recurrir a imágenes enrevesadas y obligadas a nadar mal de una orilla a otra. Mientras la pelota está en el aire nuestras vidas suceden. Que pase entre los tres palos, o salga bateada fuera del estadio, en nada alterará el curso de lo nuestro, y en nada cambiará lo que escribimos o leemos. Antes los escritores apenas hablaban de fútbol porque estaba muy mal visto, ahora se comprende mejor que un escritor es un hombre, o una mujer, como otro cualquiera. Que también cuida de su jardín o de sus hijos, o los descuida, o se olvida del mundo y se sienta una tarde a ver un Osasuna-Betis. Nada hace pensar que la distancia entre deporte y literatura se haya acertado, ni falta que hace, a mí personalmente me basta con que no me hablen de Rilke mientras disfruto de un derbi y con que no me hablen de fichajes mientras disfruto de Rilke. También los niños son un encanto siempre que no se cuelen a deshora en el dormitorio de sus padres.

Algunos barcos tienen tres palos, y las porterías también, ahí se terminan las similitudes entre las novelas de Joseph Conrad y el fútbol. A los que disfrutamos de ambas disciplinas nos gustaría que se parecieran más y a menudo forzamos metáforas que cruzan de un lado a otro de nuestras dos grandes pasiones, pero no dejan de ser eso, metáforas forzadas. Tal vez sea mejor asumir que son dos amores distintos y tratar de que no se encuentren nunca, como quien tiene una esposa en la ciudad y una amante en provincias. Lo que nos gusta de este juego es precisamente su condición de preocupación excepcional, ajena por completo a nuestras vidas y en cambio parte fundamental de las más infantiles penas y alegrías. Recuerdo que en *Submundo*, la fabulosa novela de DeLillo, se contaba América mientras volaba una pelota de béisbol, y puede que ésta sea la única manera de transformar el deporte en artefacto literario: asumir su importancia en nuestras vidas como hecho real, sin recurrir a imágenes enrevesadas y obligadas a nadar mal de una orilla a otra. Mientras la pelota está en el aire nuestras vidas suceden. Que pase entre los tres palos o salga bateada fuera del estadio en nada alterará el curso de lo nuestro, y en nada cambiará lo que escribimos o leemos. Antes los escritores apenas hablaban de fútbol porque estaba muy mal visto, ahora se comprende mejor que un escritor es un hombre o una mujer como otro cualquiera. Que también cuida de su jardín o de sus hijos, o los descuida, o se olvida del mundo y se sienta una tarde a ver un Osasuna-Betis. Nada hace pensar que la distancia entre deporte y literatura se haya acertado, ni falta que hace. A mí personalmente me basta con que no me hablen de Rilke mientras disfruto de un derbi y con que no me hablen de fichajes mientras disfruto de Rilke. También los niños son un encanto siempre que no se cuelen a deshora en el dormitorio de sus padres.

RAY LORIGA

4 JUL 2004

De Bob Dylan todo el mundo sabe algo y de Bob Dylan nadie sabe nada.

Plagiando, con libertad, la gran chaqueta metálica de Kubrick: dentro de cada ignorante hay un fan de Bob Dylan luchando por salir. Cuando mi hijo me pregunte por qué carajo venimos al mundo, tendré muy clara la respuesta: para escuchar discos de Bob Dylan. Así las cosas, no debe ser nada fácil ser Robert Zimmerman, nunca lo fue, pero tampoco es fácil ser cualquiera. Los corazones más pequeños duelen tanto como los corazones grandes y no hay talento que le salve a uno de las más de cien millones de maneras de morir que ya se han inventado. En un mundo perfecto cada hombre llevaría su propia bandera y las guerras no serían de cien contra cien, sino de uno contra uno, por más que le pese a Cebrián, que no entendió nunca la dignidad del boxeo. En un mundo perfecto todos y todas, vascos y vascas, seríamos Bob Dylan y en lugar de carnets de identidad tendríamos números de teléfono, para llamar y para que nos llamen. Habría religiones, a pesar de Lennon, pero no iglesias y cada uno de nosotros llevaría dentro una estampa de Dios, con los rasgos de su propia cara. Un rosario con cuentas de nuestra vida, la cruz de nuestros brazos y más fe en nuestros errores que en nuestras virtudes. Y un espejo por altar y en el escapulario una foto de Bob Dylan.

De Bob Dylan todo el mundo sabe algo y de Bob Dylan nadie sabe nada. Plagiando, con libertad, la gran chaqueta metálica de Kubrick: dentro de cada ignorante hay un fan de Bob Dylan luchando por salir. Si algún día tuviera un hijo y me preguntara por qué demonios venimos al mundo, tendría muy clara la respuesta: para escuchar discos de Bob Dylan. Así las cosas, no debe de ser nada fácil ser Robert Zimmerman, nunca lo fue, pero tampoco es fácil ser cualquiera. Los corazones más pequeños duelen tanto como los corazones grandes y no hay talento que le salve a uno de las más de cien millones de maneras de morir que ya se han inventado. En un mundo perfecto cada hombre llevaría su propia bandera y las guerras no serían de cien contra cien, sino de uno contra uno, de ahí la dignidad del boxeo. En un mundo perfecto todos seríamos Bob Dylan y en lugar de carnets de identidad tendríamos números de teléfono, para llamar y que nos llamasen. Habría religiones, a pesar de Lennon, pero no iglesias y cada uno de nosotros llevaría dentro una estampa de Dios, con los rasgos de su propia cara. Un rosario con cuentas de nuestra vida, la cruz de nuestros brazos y más fe en nuestros errores que en nuestras virtudes. Y un espejo por altar y en el escapulario una foto de Bob Dylan.

Lo cierto es que resulta complicado hablar de Dylan, porque la razón se desboca y se vuelve uno cursi y argentino. Ya lo dijo Lorca, todas las cartas de amor son necesariamente estúpidas, y aun así, bien lo saben los fascistas, no hay nada más difícil que tumbar a un buen poeta. Así que la pescadilla se muerde la cola y es todo lo mismo y todo es Dylan. En resumen, que cuesta mucho reír y basta un tren para llorar.

*

E

n la infancia, puede uno permanecer solo largo rato, aprendiendo algo acerca de sí mismo. Con la edad, el ejercicio de la soledad resulta cada vez más doloroso, menos instructivo. Queda poco que aprender, nos hemos decepcionado lentamente,

apenas podemos esperar ya sorpresas, lo que imaginábamos no ha sucedido, no somos quienes queríamos ser y no queda otra que aceptarlo. Para paliar esa náusea se buscan amigos.

La amistad en la vida adulta sustituye muy efectivamente al éxito o al deseo del mismo, la amistad entretiene y reconforta, somos aceptados por lo que hemos resultado ser y nuestros fracasos se olvidan por un instante en presencia de un amigo. Lo que nos quede por soñar también encuentra en la amistad un estímulo renovado que compensa con creces las energías perdidas en la soledad de nuestros primeros e infantiles empeños.

"La vida adulta se va llenando de amistades hasta hacerse soportable"

En esa primera mina a la que bajaba uno solo convencido de la presencia del oro se enterraron a tiempo el orgullo desmedido y la ansiedad, y al regresar, a

tiempo y gracias al tiempo, a la superficie, descubrimos en los otros no solamente consuelo, sino razones más sólidas para el resto de la aventura.

En la infancia puede uno permanecer solo largo rato, aprendiendo algo acerca de sí mismo. Con la edad, el ejercicio de la soledad resulta cada vez más doloroso, menos instructivo. Queda poco que aprender, nos hemos decepcionado lentamente, apenas podemos esperar ya sorpresas, lo que imaginábamos no ha sucedido, no somos quienes queríamos ser y no queda otra que aceptarlo. Para paliar esa náusea, se buscan amigos.

La amistad en la vida adulta sustituye muy efectivamente al éxito o al deseo del mismo, la amistad entretiene y reconforta, somos aceptados por lo que hemos resultado ser y nuestros fracasos se olvidan por un instante en presencia de un amigo. Lo que nos quede por soñar también encuentra en la amistad un estímulo renovado que compensa con creces las energías perdidas en la soledad de nuestros primeros e infantiles empeños.

En esa primera mina a la que bajaba uno solo convencido de la presencia del oro se enterraron a tiempo el orgullo desmedido y la ansiedad, y al regresar, a tiempo y gracias al tiempo a la superficie, descubrimos en el otro no solamente consuelo, sino razones más sólidas para el resto de la aventura.

De niños nos sirve el vaho en los cristales para escribir con el dedo cosas importantes, al crecer y perder todo interés por lo importante no podemos escribir con seriedad ya nada y limpiamos el vaho con la manga de la camisa para, sencillamente, mirar por la ventana.

'*Sé que ese tiempo fue un tiempo sagrado*', dice Peter Handke en su *Ensayo sobre el cansancio*, refiriéndose al momento de los niños, a un pasado que en sus propias palabras se glorifica. Cabría pensar que este ahora será también recordado en la vejez con el brillo de lo perdido, y sin embargo al hablar con ellos, con los viejos, tengo la sensación de que la hoja se dobla para volver siempre con entusiasmo a sus primeras líneas, ignorando el tiempo central y que al acercarse al final es el principio lo que brilla. El vaho en el cristal y la formidable seriedad de nuestro dedo al escribir en él lo importante, o al menos con desvergonzada importancia. El afán por descubrir y descubrirnos, el impulso

natural de imaginarnos de maneras formidables, sin el rencor que inevitablemente produce el constatar la cifra real de lo que finalmente somos.

Mi abuela recordaba sus viajes a Camorritos, y poco o nada del resto de su vida. Y pasaba el pulgar una y otra vez por la cuchilla afilada de ese recuerdo. Supongo que esa dedicación primera por el descubrimiento de las cosas es lo que convierte un tiempo en sagrado, y que el cansancio posterior va robándole a cada cosa su alma hasta que la amistad se convierte en casi el único consuelo.

La vida adulta se va llenando de amistades hasta hacerse soportable, el tiempo entre amigos parece lo único sagrado y la soledad tan útil antaño parece de pronto inaceptable.

Si antes nos recluíamos lejos de los amigos para abordar tareas que nos parecían esenciales, ahora el cansancio nos devuelve a los amigos y no deseamos escamotearle nada a los momentos dedicados al disfrute de los otros, y por reflejo a lo mejor de nosotros.

Imagino que es por eso por lo que suponemos el cielo entre otras almas y sin más ocupación, ni más pasiones, que la mera compañía. Ni siquiera el infierno resulta aterrador si se asegura uno compañía suficiente.

*

Javier y Che tenían otra hija, casi diez años mayor que Almudena Torres, que se llamaba María Cristina. Cristina, o Cris para casi todo el mundo, era arquitecto, y siempre tuvimos una relación muy buena. No estaba demasiado apegada a su hermana, o al menos esa impresión me dio a mí siempre que las vi juntas. Como familia unida que eran, se veían a menudo en compromisos

La noche que no fue

La cadena Ser estaba en la ciudad y daría su programa de la mañana en directo desde el Teatro Principal de Pontevedra. La cosa tiene fuerza de costumbre: pasa por los micrófonos el alcalde, alguno de nuestros cinco prohombres de izquierdas y un gaitero; es la fórmula de la mañana itineraria de Hoy por hoy, casi tan animada como la del Carrusel. Así que la tarde anterior, con los ensayos y demás, me encargaron a mí una entrevista con el locutor, y como nada me gusta a mí más en el mundo que preguntarle a un periodista, me fui a mi cita con Carles Francino con la misma exaltación que si estuviese citado con Madonna. De hecho, al llegar me chocó no verle puesto un corpiño con las tetas en punta.

Entré en el Principal con prisas, porque era media tarde y no me gusta teclear de noche en el periódico: me pongo tontorrón y suelo adjetivos que en otra hora no admitiría ni borracho. Uno con las horas escribe diferente, como muda de color el cielo, y avanzada la tarde se pone cursi y revoltoso, por eso escribí una vez una novela tan llena de trascendencia inocua: porque me ponía el fular a las doce de la noche y subía al gato al regazo, y me empezaron a salir en la pantalla amaneceres templados y muchachos con tembleque.

Francino andaba haciendo pruebas de sonido, y yo esperándolo temerario, cuando de repente se me acercó una choni en chándal y coleta que andaba por allí entre cables. Yo he de decir que soy una persona muy poco respetuosa con la gente en chándal, así que en el momento en que aquella desvergonzada se sentó a mi lado y me preguntó que por dónde se salía de noche en Pontevedra, y qué bares conocía yo y tal, la miré con un punto lejanísimo de desprecio y le contesté adrede con el mayor número de palabras posibles que fui eligiendo al azar para de esa forma no aclararle nada, pues ni un nombre propio le colé: casi todo preposiciones y adverbios, y de paso todos los adjetivos que se me fueron ocurriendo porque de esa manera, soltándolos, ya no los podría repetir en la entrevista.

La chica me miró un poco como miran las chicas cuando no saben si las quieres confundir o follar, o confundir para luego follar, y volvió a la carga diciendo que si Pontevedra era una ciudad muy bonita, a lo que yo contesté rápidamente: “Especialmente su casco histórico”, que es una frase que me tiene flipado. En cuanto Francino se quitó el micrófono me abalancé sobre él con la grabadora en la mano como si hubiese salido de declarar de la Audiencia Nacional, y nos fuimos los dos superenamorado a un lugar reservado, pues al fin y al cabo éramos allí los únicos que llevábamos la camisa por dentro y no teníamos ni piercings ni tatuajes talegueros.

Transcurría todo con normalidad cuando en mitad de nuestra conversación se coló a lo lejos una voz endiablada que empecé a maldecir secretamente y me obligó a apagar la grabadora. “¿Esto qué cojones es, Carles”, le pregunté con la mirada, que es como yo más me suelto. Y él hizo algo alucinante: se levantó con los ojos entrecerrados y murmuró: “¿No es espectacular cómo canta?”.

viernes en el que el Hoy por Hoy se emitía desde allí. La cosa tiene fuerza de costumbre: pasa por los micrófonos el alcalde, algunos prohombres de izquierdas y un cantautor de pelo largo y sucio; es la fórmula de la mañana itinerante de *Hoy por Hoy*, casi tan animada como la del *Carrusel*. Así que la tarde anterior, con los ensayos y demás, me encargaron a mí una entrevista con el locutor, y como nada me gusta más en el mundo que preguntarle a un periodista, me fui a mi cita con Carles Francino con la misma exaltación que si estuviese citado con Madonna. De hecho, al llegar me chocó no verle puesto un corpiño con las tetas en punta.

Entré en el Teatro Villa de Móstoles con prisas, porque era media tarde y no me gusta teclear de noche en el periódico: me pongo tontorrón y suelo adjetivos que en otra hora no admitiría ni borracho. Uno con las horas escribe diferente, como muda de color el cielo, y avanzada la tarde se pone cursi y revoltoso; por eso me está saliendo esta novela tan llena de trascendencia inocua: porque me pongo el fular a las doce de la noche y subo al gato al regazo corriendo el peligro de que me empiecen a salir en la pantalla horrorosos amaneceres templados y muchachos con tembleque, así.

Francino andaba haciendo pruebas de sonido, y yo esperándole temerario, cuando de repente se me acercó una *choni* en chándal y coleta que andaba por allí entre cables. He de decir que soy una persona muy poco respetuosa con la gente en chándal, y es que observo con preocupación su uso descarado ya no en la calle, a donde uno parece que sale siempre sin vergüenza a ser afrentado por Pérez Reverte, sino en casa, como herramienta de comodidad, en apabullante contrasentido. Dentro de doscientos años se señalará el chándal como se señalan hoy los pololos: una suerte de degeneración colectiva en la que de vez en

cuando se sume, para luego coger impulso, la humanidad. Y será digno de estudio el uso del chándal en la propia casa, cruzándose a la familia en el pasillo y recibiendo a las visitas impertérrito, como si uno hubiese necesitado del Adidas para freír un huevo. El chándal es EGB, sudor y luego las Barranquillas para el pico de caballo. El pijama, en cambio, es la abuela poniéndote una bolsa de agua caliente en los pies cuando dormías en el pueblo o el *Vicks VapoRub* del catarro. El pijama es la infancia y la pantufla, y el chándal el acné, la hormona y el acabose. El pijama es ponerse la casa encima y pasear con ella bajo el calor de la familia, porque representa una moral, y el chándal remite a una desestructuración tremenda digna de Servicios Sociales. Su historial es casi criminal: los fundamentalistas lo han llegado a combinar con camisa.

Así que en el momento en que aquella desvergonzada se sentó a mi lado y me preguntó que por dónde se salía de noche en Madrid y qué bares conocía yo, la miré con un punto lejanísimo de desprecio y le contesté adrede con el mayor número de palabras posibles, que fui eligiendo al azar para de esa forma no aclararle nada, pues ni un nombre propio le colé: casi todo preposiciones y adverbios, y de paso todos los adjetivos que se me fueron ocurriendo porque de esa manera, soltándolos, ya no los podría repetir en la entrevista. Los adjetivos han de ser del entrevistado, nunca del entrevistador.

La chica me miró un poco como miran las chicas cuando no saben si las quieres confundir o follar, o confundir para luego follar, y volvió a la carga diciendo que Madrid era una ciudad muy bonita, a lo que yo contesté rápidamente: ‘Especialmente su casco histórico’, que es una frase que me tiene flipado. En cuanto Francino se quitó los cascos me abalancé sobre él con la grabadora en la mano como si hubiese salido de declarar de la Audiencia

"Los escritores no son faraones, ni hay nada en sus tumbas. Ya han sido"

Virginia Wolf tenía la mala costumbre de meterse en los ríos con los bolsillos llenos de piedras. Allá ella.

La literatura no pide permiso para ser, ni para dejar de ser.

Pero en algún lugar se guarda la camisa blanca de Larra como un tesoro. A Borges también querían darle el último paseo para obligarle a desfilar de abanderado de alguna de esas patrias que no son la casa de ningún escritor vivo o muerto. Las palabras se juntan para salvar su propia vida, y así la literatura se convierte en su propio asunto, y para serlo deserta voluntariamente de todo lo demás, incluida la madre que nos parió. Las últimas novelas de Beckett pasan por encima de los nombres evitándolos como si fueran fantasmas. La literatura rusa, en cambio, le regala a cada personaje tres nombres, que es como borrarlos todos. Dicen que Thomas Pynchon se encontró con Thomas Pynchon en Central Park y ni lo saludó. Me consta que Salinger quemó su propia casa para librarse de ella y tal vez de todos sus libros. Cuando muere un escritor sólo puede ser reclamado por un lector, aquel que, según Borges, es el hombre destinado a sus símbolos. Dublín recuerda a Joyce puntualmente, pero en realidad es Joyce quien se ha bebido a Dublín. Los escritores mueren mal porque viven mal, o no mueren porque no han vivido. Lo que se ha escrito le pertenece a un escritor y a su señora, es decir, su lector, la vecindad no tiene nada que reclamarle a quien no ha pedido nada. A quien no ha causado modificaciones apreciables en la fachada.

En las pequeñas habitaciones en las que se escribe no cabe más que uno. En las ventanas, casi nunca hay flores.

A Edgar Allan Poe lo acusaron de ser discípulo de los románticos alemanes y contestó: "El horror no llega de Alemania, llega del alma".

La literatura no pide permiso para ser, ni para dejar de ser. Pero en algún lugar se guarda la camisa blanca de Larra como un tesoro. A Borges también querían darle el último paseo para obligarle a desfilar de abanderado de alguna de esas patrias que no son la casa de ningún escritor vivo o muerto. Las palabras se juntan para salvar su propia vida, y así la literatura se convierte en su propio asunto, y para serlo deserta voluntariamente de todo lo demás, incluida la madre que nos parió. Las últimas novelas de Beckett pasan por encima de los nombres evitándolos como si fueran fantasmas. La literatura rusa, en cambio, le regala a cada personaje tres nombres, que es como borrarlos todos. Dicen que Thomas Pynchon se encontró con Thomas Pynchon en Central Park y ni lo saludó. Me consta que Salinger quemó su propia casa para librarse de ella y tal vez de todos sus libros. Cuando muere un escritor sólo puede ser reclamado por un lector, aquel que, según Borges, es el hombre destinado a sus símbolos. Dublín recuerda a Joyce puntualmente, pero en realidad es Joyce quien se ha bebido a Dublín. Los escritores mueren mal porque viven mal, o no mueren porque no han vivido. Lo que se ha escrito le pertenece a un escritor y a su señora, es decir, su lector, la vecindad no tiene nada que reclamarle a quien no ha pedido nada. A quien no ha causado modificaciones apreciables en la fachada.

En las pequeñas habitaciones en las que se escribe no cabe más que uno. En las ventanas, casi nunca hay flores.

A Edgar Allan Poe lo acusaron de ser discípulo de los románticos alemanes y contestó: 'El horror no llega de Alemania, llega del alma'.

Un escritor es una causa de a uno, sin más himno que su propio murmullo. Los escritores no son faraones, ni hay nada en sus tumbas. Ya han sido. La infancia de Benet ya tiene dueño, el

padre de Rulfo ya ha hablado. Cuando vuelvas a Viena, no preguntes por mí. La arrogancia de añadirse a lo que ya se ha escrito se castiga con la muerte y el silencio. Y está bien que así sea. No despertemos después a la serpiente. Entre nosotros, los escritores, nos caemos bien, porque tenemos un miedo parecido, porque también hemos llamado a un río Misisipi, sabiendo que exagerábamos. No pretendemos amontonar mucha más simpatía, pero podemos pedir, que no exigir, que dejen nuestros huesos tranquilos.

El billete más bonito que he visto tenía la cara de Saint-Exupéry, pero no era más que dinero, creo recordar que veinte francos. El avión de Exupéry todavía vuela, y sus restos mortales aún no los ha encontrado nadie.

Escribir es un oficio solitario y no necesariamente de locos, y quien escribe siempre habla solo. A veces alguien tiene la santa paciencia de leer lo que escribimos, y parece que por un segundo alguien nos escuche, pero para cuando llega ese momento el escritor ya está en otra, hablando solo una vez más.

Me pregunto ahora, mientras trato de escribir, cuántos de los que estamos hoy aquí, en esta ciudad, estamos aquí realmente. Los años siempre se viven enredados unos con otros, entre la imaginación y el recuerdo, entre la vejez y la infancia. Como en una novela de Benet en la que no aparece nunca la palabra 'ahora'. William Burroughs imaginó una máquina de escribir que escribía sola, sin que uno tuviese que poner los dedos sobre las teclas: es el sueño y la pesadilla de todo escritor. Sentarse a mirar cómo las líneas nos ignoran y nos sorprenden, sentarse a ver cómo las palabras nos traicionan. Así van pasando los veranos, que también nos ignoran, sin contar con nosotros. Para eso inventaron las tumbonas, para apartarnos de la acción de nuestras vidas; para

John Cheever se levantaba todas las mañanas muy temprano, se ponía un traje de tres piezas, cogía un maletín y llevaba a sus hijos a la parada del autobús en el Upper West Side de Manhattan. Después de despedir a los críos con la mano, volvía a entrar en su edificio, pero en lugar de subir a su piso, bajaba hasta un pequeño cuarto junto a las calderas en el que había puesto una mesita y, sobre ésta, su máquina de escribir. Una vez allí, se quitaba el traje y escribía en calzoncillos, el calor de las calderas así lo exigía, hasta que los niños volvían del colegio. Entonces se vestía de nuevo, agarraba su maletín vacío e iba a la parada del autobús a recogerlos. Día tras día, Cheever fingía tener un empleo y una oficina y una posición que no tenía. Le avergonzaba confesarles a sus hijos que en realidad no era más que un escritor.

Cuenta Ricardo Piglia, el formidable escritor argentino, que el peronismo sacó a Borges de la biblioteca nacional para nombrarle inspector de aves, un trabajo que consistía en inspeccionar distintos mercados de pollos. Una degradación irónica, dice Piglia, consciente de que no hay peor infierno para un escritor que el mundo real. También ha escrito Piglia que la literatura es más interesante que la vida, y me temo que muchos escritores estamos de acuerdo. Y, sin embargo, escribir avergüenza. Supongo que también avergüenza vivir si uno se para a pensarlo.

La gente escribe, cualquiera, todos, yo mismo. ¿Para qué? No está claro. Para corregir un error, para rectificar un dato, para ganar altura, dinero, prestigio, para birlarle una novia a un amante más diestro, para no pensar en la muerte o para pensar en ella con cierta distancia. O simplemente por tener algo que hacer, entre sopa y sopa, entre niño y niño, entre guerra y guerra. La gente escribe demasiado, es un hecho. Noventa y nueve de cada cien manuscritos son devueltos definitivamente a sus autores en un siniestro viaje de ida y vuelta a ningún sitio y, aun así, son tantos libros. Se empujan en los mostradores, se amontonan en los grandes almacenes, desbordan las pequeñas librerías y las casetas de las ferias, viajan a Perú como limosna, e incluso se rebajan a ofrecerse de regalo en los quioscos. Los libros ya no saben dónde ir ni qué hacer para que alguien los quiera. Y cuando los ejemplares no vendidos abultan demasiado, se queman en remotos polígonos industriales. También los nazis quemaban libros, pero no por falta de espacio. Pensaban matar con el fuego todo aquello que sobrevive a la muerte del enemigo. Aquello que no puede ser fácilmente exterminado y que de una manera u otra volverá para vengarse. Creo que en el fondo a los libros les gusta ser quemados en la plaza, no en el almacén, tal vez porque los escritores somos todos muy vanidosos y cualquier luz que ilumine nuestro nombre por un instante es bien recibida, aunque sea la luz de las llamas,

hijos a la parada del autobús en el Upper West Side de Manhattan. Después de despedir a los críos con la mano, volvía a entrar en su edificio, pero en lugar de subir a su piso, bajaba hasta un pequeño cuarto junto a las calderas en el que había puesto una mesita y, sobre ésta, su máquina de escribir. Una vez allí, se quitaba el traje y escribía en calzoncillos, el calor de las calderas así lo exigía, hasta que los niños volvían del colegio. Entonces se vestía de nuevo, agarraba su maletín vacío e iba a la parada del autobús a recogerlos. Día tras día, Cheever fingía tener un empleo y una oficina y una posición que no tenía. Le avergonzaba confesarles a sus hijos que en realidad no era más que un escritor.

El peronismo sacó a Borges de la biblioteca nacional para nombrarle inspector de aves, un trabajo que consistía en inspeccionar distintos mercados de pollos. Una degradación irónica, pues no hay peor infierno para un escritor que el mundo real. La literatura es más interesante que la vida, y me temo que muchos escritores estamos de acuerdo. Y, sin embargo, escribir avergüenza. Supongo que también avergüenza vivir si uno se para a pensarlo.

La gente escribe, cualquiera, todos, yo mismo. ¿Para qué? No está claro. Para corregir un error, para rectificar un dato, para ganar altura, dinero, prestigio, para birlarle una novia a un amante más diestro, para no pensar en la muerte o para pensar en ella con cierta distancia. O simplemente por tener algo que hacer, entre sopa y sopa, entre niño y niño, entre guerra y guerra. La gente escribe demasiado, es un hecho. Noventa y nueve de cada cien manuscritos son devueltos definitivamente a sus autores en un siniestro viaje de ida y vuelta a ningún sitio y, aun así, son tantos libros. Se empujan en los mostradores, se amontonan en

los grandes almacenes, desbordan las pequeñas librerías y las casetas de las ferias, viajan a Perú como limosna, e incluso se rebajan a ofrecerse de regalo en los quioscos. Los libros ya no saben dónde ir ni qué hacer para que alguien los quiera. Y cuando los ejemplares no vendidos abultan demasiado, se queman en remotos polígonos industriales. También los nazis quemaban libros, pero no por falta de espacio. Pensaban matar con el fuego todo aquello que sobrevive a la muerte del enemigo. Aquello que no puede ser fácilmente exterminado y que de una manera u otra volverá para vengarse. Creo que en el fondo a los libros les gusta ser quemados en la plaza, no en el almacén, tal vez porque los escritores somos todos muy vanidosos y cualquier luz que ilumine nuestro nombre por un instante es bien recibida, aunque sea la luz de las llamas, o tal vez, porque los libros quemados, en la plaza, arden convencidos como ningún otro de su efectividad y su peligro. Del alcance de su estocada y de la altura de su vuelo.

Afortunadamente contra el fuego de las cosas reales está el fuego de las cosas inventadas y es ahí donde la ficción le saca un cuerpo a la vida. En la vida uno apenas puede hacer nada, en la ficción todo es propio, hasta lo robado.

Se escribe mucho, demasiado, tantos libros y tanta gente, y sin embargo pocos libros encuentran su dueño y pocos dueños encuentran su libro. Eso es lo más sorprendente de las grotescas listas de ventas; resulta imposible creer que tantas enfermedades distintas necesiten el mismo remedio. Se venden cien mil ejemplares de ese dichoso *Codigo da Vinci* o de aquel otro, el que sea, como si tal cosa. Es extraño, pero resulta más fácil vender cien mil libros iguales que cien mil libros distintos. Eso cualquier librero lo sabe. Y, sin embargo, pese a la popularidad de un antídoto, no es posible que llevemos todos dentro el mismo

Hay quien piensa que escribir es dejar constancia de ese tiempo transcurrido, supongo que por eso la gente escribe diarios, para probar su propia existencia, y, sin embargo, para creer en la eficacia de la escritura contra la vida hay que ser el dueño de una ingenuidad que le está prohibida al escritor profesional. Por eso las cartas al director en los periódicos son siempre más entusiastas, más agresivas, más convencidas, que los artículos de opinión o las columnas. Quienes escriben esas cartas aún creen que decir es probar; quienes escribimos éstas, mal que bien, sabemos que decir es decir.

Supongo que ahora se estarán preguntando cómo se escribe una columna; en realidad, sé que no, pero voy a contarlo de todos modos. Primero se espera a que pase algo digno de mención y se prepara una opinión al respecto, y digo se prepara porque por lo general las cosas que pasan no le merecen a uno opinión ninguna. Si no sucede nada importante (digamos que Gallardón se la envaina y nos deja como estábamos), se busca entre lo diminuto, un detalle ínfimo que abra la caja de Pandora de lo poético. Luego te das cuenta de que no eres poeta; para ser un poeta hay que ser muy joven o muy viejo, me dijo una vez Ángel González, así que enseguida desestimas la idea, consciente de que no hay crimen más grande que la mala poesía. El paso siguiente es el microrrelato, que está ahora muy de moda, aunque no se sabe bien por qué. El microrrelato da mucho juego y a poco que te esmeres acabas contando un sueño que en realidad nunca has tenido y lo cierras sin final, dejando las puertas abiertas a la imaginación. Si te pillas la hora fatal de mandar la columna y no tienes otra cosa a mano, vas y lo mandas, pero a poco que te queden un par de horas, lo tiras convencido de que Kafka no hay más que uno y a ti te encontré en la calle. A la desesperada, regresas al periódico y a los telediarios, a ver si eres capaz de reciclar algo en clave de humor, pero de pronto te acuerdas de Mark Tawin y decides con buen criterio que el humor sólo está al alcance de los grandes. Cuando quieres darte cuenta estás a solas con Bolaño, pero es tarde, porque de Bolaño habla ya bien todo el mundo, por una vez con razón. De Bolaño pasas a Vila-Matas y te preguntas por qué demonios no le dieron a Vila-Matas algún premio para tratar de salvar ese reciente *jueves negro* de nuestras letras y ahí el pudor te puede. Vila-Matas es un escritor demasiado bueno para que lo utilices como arma arrojadiza y, al fin y al cabo, qué culpa tiene él de que te hayas quedado sin

Hay quien piensa que escribir es dejar constancia de ese tiempo transcurrido, supongo que por eso la gente escribe diarios, para probar su propia existencia, y sin embargo para creer en la eficacia de la escritura contra la vida hay que ser el dueño de una ingenuidad que le está prohibida al periodista profesional. Por eso las cartas al director en los periódicos son siempre más entusiastas, más agresivas, más convencidas, que los artículos de opinión o las columnas. Quienes escriben esas cartas aún creen que decir es probar; quienes escribimos trabajando, mal que bien, sabemos que decir es decir.

Supongo que ahora se estarán preguntando cómo se escribe una columna; en realidad sé que no, pero voy a contarlo de todos modos. Primero se espera a que pase algo digno de mención y se prepara una opinión al respecto, y digo se prepara porque por lo general las cosas que pasan no le merecen a uno opinión ninguna. Si no sucede nada importante, se busca entre lo diminuto, un detalle ínfimo que abra la caja de Pandora de lo poético. Luego te das cuenta de que no eres poeta; para ser un poeta hay que ser muy joven o muy viejo, dijo una vez Ángel González, así que enseguida desestimas la idea, consciente de que no hay crimen más grande que la mala poesía. El paso siguiente es el microrrelato, que está ahora muy de moda, aunque no se sabe bien por qué. El microrrelato da mucho juego y a poco que te esmeres acabas contando un sueño que en realidad nunca has tenido y lo cierras sin final, dejando las puertas abiertas a la imaginación. Si te pillas la hora fatal de mandar la columna y no tienes otra cosa a mano, vas y lo mandas, pero a poco que te queden un par de horas, lo tiras convencido de que Kafka no hay más que uno y a ti te encontré en la calle. A la desesperada, regresas al periódico y a los telediarios, a ver si eres capaz de

reciclar algo en clave de humor, pero de pronto te acuerdas de Mark Tawin y decides con buen criterio que el humor sólo está al alcance de los grandes. Cuando quieres darte cuenta estás a solas con Bolaño, pero es tarde, porque de Bolaño habla ya bien todo el mundo, por una vez con razón. De Bolaño pasas a Vila-Matas y te preguntas por qué demonios no le dieron a Vila-Matas algún premio para tratar de salvar ese reciente *jueves negro* de nuestras letras y ahí el pudor te puede. Vila-Matas es un escritor demasiado bueno para que lo utilices como arma arrojadiza y, al fin y al cabo, qué culpa tiene él de que te hayas quedado sin columna. Así que vuelves con el rabo entre las piernas al absurdo asunto de las recogepelotas, que si las chicas guapas también tienen que ganarse la vida, que si las ministras salieron en el Vogue, y mientras estás con eso, te alcanza la duda: ¿y a mí qué más me da? Por lo que a mí respecta, podrían recoger las dichosas pelotas una legión de corderos clonados a partir de células madre. O esos niños tan monos con los que nunca nadie se había metido antes. Y así, mareando la perdiz, vas llegando al final de tu columna sin haber dicho nada y te invade una paz de espíritu inesperada al caer en la cuenta de que poco a poco, y a pesar de todo, llevas ya setecientas palabras y de que aún te queda una jornada de Liga de la que disfrutar plácidamente.

Y ése sería el final de este curso acelerado de columnismo si no fuera porque al maquetador le faltan aún seis líneas; entonces, de pronto y sin saber muy bien cómo ni por qué, la necesidad te arranca del tedio y terminas el artículo a base de algo que parece genial pero que es puro oficio. Y cierras la cosa con mucha elegancia, pero sin llamarte a engaño.

Ya dijo Oscar Wilde que el ingenio no es más que la bisutería del talento.

-¿Cómo se te ocurre escribir –escucho- una columna así con la que está cayendo?

Yo por instinto me dirijo melancólicamente a la ventana a mirar las nubes y allí permanezco mientras los arreones del viento hacen bailar de aquí allá las hojas de los cerezos; poco a poco siento cómo la ciudad, esa mancha bizarra descolgada del cielo, gira su inmenso tronco de hormigón y se encoge de hombros mirándome.

-¿Qué está cayendo?

-Se viene abajo la economía y tú escribiendo de [un tfo al que le caes mal](#). Como si fuera el único.

-¿Y yo en qué medida puedo...?

-¡Sensibiliza a la gente!

-¿Qué hago, les acaricio los pezones?

Yo valoro que estos amigos míos crean mi escritura placebo, pero ellos no saben, acaso porque son muy niños, que en España siempre hay algo que está cayendo, cuando no la propia España. Y eso pasa en los periódicos y en la vida, sobre todo cuando uno decide hacer un viaje exagerado o comprar el coche con el que ha soñado toda la vida.

-Me voy a comprar un Ferrari.

-Pero hombre, con la que está cayendo, ¿te vas a poner a pasear con un Ferrari?

-Bueno, mi idea era que lo tuvieses tú hasta que acabe la crisis.

Al articulista de todos modos le está cayendo siempre encima algo; a veces se le ve por la calle saltando de un lado a otro como Mario Bros cuando le tiran setas. Había un señor muy exagerado en Pontevedra que hace diez años me reñía por no escribir de Afganistán. "Pero si usted es de Marcón", le decía. Si alguna vez escribía de Afganistán era peor, porque nunca conseguía estar de acuerdo con él. "¡Agua!", me gritaba por la calle.

El columnista en este país está obligado a ponerse de acuerdo con sus lectores. Cuántas veces se encuentra uno con mensajes del modo: "Felicidades. Ha escrito con palabras que nunca encontré lo que pienso yo" que traduzco para mis adentros: "Enhorabuena: piensa usted lo mismo que yo. Ha llegado a lo más alto".

Yo, por instinto, me dirijo melancólicamente a la ventana a mirar las nubes y allí permanezco mientras los exabruptos del viento hacen bailar de aquí para allá las hojas de los cerezos; poco a poco siento cómo la ciudad, esa mancha bizarra descolgada del cielo, gira su inmenso tronco de hormigón y se encoge de hombros mirándome.

-¿Qué está cayendo?

-Se viene abajo la economía y tú escribiendo de un escritorcillo que dices que te cae mal. Como si fuera el único.

-¿Y yo en qué medida puedo...?

-¡Sensibiliza a la gente!

-¿Qué hago, les acaricio los pezones?

Valoro que estos amigos míos crean en mi escritura como placebo, pero ellos no saben, acaso porque son muy ingenuos, que en España siempre hay algo que está cayendo, cuando no la propia España. Y eso pasa en los periódicos y en la vida, sobre todo cuando uno decide hacer un viaje exagerado o comprar el coche con el que ha soñado toda la vida.

-Me voy a comprar un Audi.

-Pero hombre, con la que está cayendo, ¿te vas a poner a pasear con un Audi?

Al articulista, de todos modos, le está cayendo siempre encima algo; a veces se le ve por la calle saltando de un lado a otro como Mario Bros cuando le tiran setas. Había un señor muy exagerado en el periódico que hace diez años me reñía por no escribir de Afganistán. "¡Pero si usted es de Robregordo y, qué coño, yo de Cultura!", le decía yo. Si alguna vez intentaba escribir de Afganistán era peor. "¡Agua!", me gritaba por los pasillos.

El columnista en este país está obligado a ponerse de acuerdo con sus lectores. Cuántas veces se encuentra uno con mensajes del

tipo: 'Felicidades. Ha escrito, con palabras que nunca encontré, lo que pienso yo', que, traducido a la realidad es, más o menos: 'Enhorabuena: piensa usted lo mismo que yo. Ahora sí, ha llegado a lo más alto'. Bajo la crítica a un columnista suele ocultarse esto el 90% de las veces: si pensases como yo, serías buenísimo.

De vez en cuando, siempre en función de la época, los lectores me escriben para decirme que soy un genio tapado o un subnormal de relieve histórico. Al fin y al cabo, escribir es dividir las aguas y cruzar el Mar Rojo mugiendo y sin mirar a los lados. En uno de esos correos, hace unos meses, un señor me dedicó una ristra de elogios muy bien fundamentados y una súplica que me dejó del revés: haciendo referencia a mi año de nacimiento me instaba a liderar 'una Revolución', que acabase desalojando 'la Partitocracia' de este país. A mí y a otros, claro; éramos una generación engañada y debíamos sublevarnos; yo, a sus ojos, era un 'joven intelectual', como tantos a los que había que movilizar, y ahí me empezaron a sudar las manos pensando en la imagen que le estaba dando a la gente. 'Para empresas así tendría más éxito que le escribiese usted a Juan Manuel de Prada', pensé en decirle. Este lector mío, con el que naturalmente acabé fatal, era un degenerado, pero yo al principio, debilitado por sus alabanzas, me sentía obligado a hacer algo por él y también un poco por España, para qué mentir.

De todos los encargos extravagantes que tuve en mi vida ninguno me dejó tan agitado como el de tener que levantar al pueblo. Yo no tenía ni idea de cómo se hacía una revolución ni a quién había que llamar, y lo primero que hice fue meterme en Internet, extrañado de que en los primeros resultados no me apareciese un Yahoo Respuesta. Había a bote pronto, por lo que

Cuando el protagonista de Manhattan corre para meterse en un portal tratando de convencer a su novia adolescente de que no sea aún tan madura, hay una edad a la que se le va sacando la piel como una larva. Siempre se van. Pasa uno la vida despidiéndose de ellas porque se suben a un tren, a un avión o a los brazos de otro hombre. Y no hay modo de desearles mal, porque al fin y al cabo de la felicidad de ellas depende también la tuya, y todo lo que uno quiere es que a esas nietas de Hemingway no les hagan nunca daño. Somos la consecuencia de lo que hemos ido abandonando, me dijo alguien una vez, y al echar la vista atrás retomamos pedacitos de lo que pudo haber sido y no fue, y nos preguntamos si olvidamos en todas esas paradas más de lo que nos llevamos con nosotros, y qué tanto hay de excepcional en los matices.

Pasa uno la vida despidiéndose de ellas porque se suben a casa, a un tren, a un avión o a los brazos de otro hombre. Y no hay modo de desearles mal, porque al fin y al cabo de la felicidad de ellas depende también la tuya, y todo lo que uno quiere es que no les hagan nunca daño. Somos la consecuencia de lo que hemos ido abandonando y, al echar la vista atrás, retomamos pedacitos de lo que pudo haber sido y no fue, y nos preguntamos si olvidamos en todas esas paradas más de lo que nos llevamos con nosotros, y qué tanto hay de excepcional en los matices.